

## **Un creyente no puede ser más que intolerante. El fanatismo no constituye un aspecto enojoso y desencarrilado de la religión: es la religión misma.**

La intolerancia (rebautizada modernamente "integrismo") sube en picado. La intolerancia es el termómetro de la fé. Sube o baja con ella. Cuando la fé se hace tolerante para las otras fes, es que está en regresión. Un creyente sincero y consecuente no puede admitir que una verdad diferente de la suya pueda ser verdadera, que otro dios pueda coexistir con el suyo. Puesto que su verdad es /a verdad.

Un creyente, pues, no puede ser más que intolerante, puesto que están en juego cosas esenciales, las más esenciales entre todas: nuestra razón de estar aquí bajo, los finalidades últimas de toda cosa, la vida eterna, la condenación, la naturaleza de Dios y la manera precisa que quiere que se le rinda homenaje... Para un creyente, esto es lo único que importa.

Si yo creyese, mi fé dominaría y orientaría toda mi vida, cada acto, cada pensamiento. Estaría transtornado con la idea de los millones de seres humanos que viven errados, destinados a suplicios eternos y, sobretodo, privados de la iluminación de la certeza.

Un creyente no puede ser más que intolerante; sino, es incoherente. Se satisface de un "más o menos" tebiucho. No va al fondo de las cosas. Todo aquél que no es fanático no cree verdaderamente.

Un creyente tolerante (que se cree sinceramente tolerante) es, en el fondo, un resignado. Dado que no dispone de los medios para imponer su punto de vista, "tolera" (ésta es la palabra) con condescendencia o con dolor que los infieles chapoteen en el error; pero no olvida que se trata de error, no les concede la posibilidad de llevar razón. Una tolerancia verdadera sería aquella que, prudente, se diría que, al fin y al cabo, no estamos seguros de nada y que la verdad del otro es quizás la verdadera verdad... Pero una tal posición constituiría el agnosticismo, es decir, lo mismísimo contrario del espíritu religioso. La fé, por definición, excluye la duda.

El resurgimiento actual de los fanatismos es, sencillamente, un rebrote del sentimiento religioso. Manipulado, por supuesto, por los políticos; pero el resurgimiento religioso ha precedido a la manipulación política, que no hace más que echar mano a cuanto se le ofrece.

El cristianismo se vanagloria de ser la primera religión del mundo a haber otorgado el mismo valor a todos los humanos, a haber, en suma, proclamado lo que hoy en día llamamos "los derechos humanos". No es totalmente falso. Los Evangelios se presentan como preceptos de amor y de fraternidad. Pero, de hecho, sus sacerdotes, tanto tiempo como pudieron, profesaron una intolerancia absoluta, rechazando toda religión que no fuese la suya (e incluso todo matiz de interpretación de un punto menor del dogma) en tanto que falsa, impía e inspirada por el demonio y, por lo tanto, debiendo ser combatida, a sangre y a fuego si era necesario. Se situaban pues en la pura tradición de la lógica religiosa bien entendida, en la cual el proselitismo formaba parte del deber del cristiano.

Este "humanismo", este interés por el hombre terrestre, que no es más que la consecuencia misma de la letra del Evangelio, hubo que imponérsela a la Iglesia; y es del espíritu de rebelión contra la Iglesia que salió la democracia. Los "integristas" religiosos de cualquier confesión lo perciben bien, puesto que, sin excepción, se alían con los reaccionarios políticos más nefastos. ¡Cuántas nostalgias malsanas recubre la tan venerada palabra "tradición" !

La imbécil pulsión del fanatismo, su estrechez de pensamiento, su intransigencia, no constituyen un aspecto enojoso y desencarrilado de la religión: son la religión misma "*en su pureza original, en la conmovedora devoción de los cándidos tiempos*" como dicen los que hablan así. Es esta pulsión fanática que se arranca de la indiferencia en la que se estaba hundiendo y que arde actualmente por todos los rincones del mundo. Hay quien se regocija de ello. Puesto que, acosados, fundan sus últimas esperanzas en la fé, cualquier fé, para solventar armoniosamente estos aplastantes problemas que les ultrapasan, problemas engendrados por la civilización técnico-plutócrata y la pululación insensata de la especie humana. Como aquello de ir a consultar una cartomántica para tratar el cáncer...

Ningún régimen político ha sabido eliminar el espíritu religioso. Los bolcheviques, al parecer, no hicieron más que perseguir, sin educar. Así pues, no es la razón (la inteligencia, si prefieren ustedes) quien dirige los asuntos humanos sino las ancestrales pulsiones instintivas, puramente animales, que movían ya al hombre de Cro-Magnon : miedo, avaricia, agresividad, cupidez, sexo, necesidad de vencer, de humillar... La inteligencia no siendo admitida más que a título de abastecedora de armas y de bribonadas.

*Le Nouvel Observateur, 5-11 de octubre de 1989*  
Trad. : Esteve Freixa i Baqué